

CAPÍTULO 1

Grabé el anuncio en abril, antes de que hubiera pasado nada, y enseguida me olvidé de él. Hace unas semanas empezaron a emitirlo y, de pronto, me lo encontraba por todas partes. En la hilera de pantallas que colgaban sobre las máquinas elípticas del gimnasio. En la pantalla de la oficina de Correos, que se supone que debe distraernos de lo mucho que llevamos esperando en la cola. Y ahora aquí, en la tele de mi cuarto, que veo sentada en el borde de la cama, apretando los puños con fuerza, mientras intento levantarme y marcharme.

–Ha llegado de nuevo esa época del año...

Me quedo mirándome en la pantalla, fijamente, viéndome tal como era hace cinco meses, buscando alguna diferencia, alguna prueba visible de lo que me ocurrió. Pero lo primero que me sorprende es la pura extrañeza de verme sin necesidad de espejos ni fotografías. Ni siquiera después de tanto tiempo he logrado acostumbrarme.

–Partidos de fútbol americano –me oigo decir. Llevo un uniforme azul celeste de animadora y el pelo recogido, tirante, en una coleta; en la mano, un megáfono enorme, de los que ya no se usan, con la letra «K».

–Aula de estudio.

Corte y pasamos a otra imagen de mí vestida con una falda escocesa formal y un jersey corto marrón; recuerdo que picaba y no pegaba nada porque, por fin, había empezado a hacer calor.

–Y, por supuesto, vida social.

Me incliné, estudiando mi imagen. Iba con vaqueros y una camiseta con lentejuelas. Primero aparecía sentada en un banco y, después, me giraba para decir estas palabras mientras un grupo de chicas charlaba en silencio detrás de mí.

El director, jovencito y recién salido de la Escuela de Cine, me había explicado el concepto de todo esto: su creación. «La chica que lo tiene todo», había dicho, con un movimiento circular de la mano, como si aquello bastara para abarcar algo tan vasto, por no decir vago. Claramente, se refería a tener un megáfono, algo de inteligencia y un gran grupo de amigas. Podría haberme recreado en la ironía de este último punto, pero mi yo de la pantalla seguía adelante.

–Este tendrá de todo –dije. Ahora llevaba un vestido rosa, con una banda que decía «Reina del baile» cruzada sobre el pecho, mientras un chico de esmoquin se acercaba y me ofrecía el brazo extendido. Yo lo tomé con una amplia sonrisa. Él estaba en el tercer curso de una universidad local y durante el rodaje se mantuvo aislado, aunque después, cuando me iba, me pidió el teléfono. ¿Cómo se me había olvidado aquello?

–Los mejores momentos –decía mi yo en la pantalla–. Los mejores recuerdos. Y la ropa perfecta para cada uno de ellos la encontrarás en los Grandes Almacenes Kopf.

La cámara se fue acercando hasta que solo se veía mi cara; el resto desapareció. Esto fue antes de aquella noche, antes de todo lo ocurrido con Sophie, antes de este largo y solitario verano de secretos y silencio. Yo me sentía fatal, pero aquella chica del anuncio, en cambio, se sentía muy bien. Se notaba en la forma, llena de confianza, en que me miraba a mí y al mundo cuando volvió a hablar:

–Haz que el nuevo curso sea el mejor de todos –dijo, y contuve el aliento al anticipar la siguiente frase, la última, la que por una vez era realmente verdad–: Es hora de volver a clase.

El plano se quedó fijo y apareció el logotipo de Kopf debajo de mí. En unos instantes daría paso a un anuncio de gofres congelados o al parte meteorológico; estos quince segundos se integrarían sin fisuras en los siguientes, pero no me quedé para verlo. En lugar de eso, cogí el mando, me apagué y me dirigí a la puerta.

Había tenido más de tres meses para prepararme el encuentro con Sophie. Pero cuando ocurrió, seguía sin estar lista.

Me hallaba en el aparcamiento antes de que sonara el timbre anunciando el comienzo de las clases, intentando reunir valor para salir y dejar que el curso comenzara oficialmente. Mientras la gente pasaba a mi lado, hablando y riéndose de camino al patio, yo seguía procesando todos los «quizá». Quizá se le había pasado. Quizá había ocurrido algo durante el verano que había sustituido nuestro pequeño drama. Quizá nunca fue tan

malo como yo creía. Todas estas cosas eran improbables, pero posibles.

Me quedé sentada hasta el último momento antes de sacar las llaves del contacto. Cuando puse la mano sobre el tirador y me giré hacia la ventanilla, apareció.

Por un segundo, nos quedamos mirándonos fijamente, y enseguida noté los cambios: llevaba más corto el pelo oscuro y rizado; los pendientes eran nuevos. Estaba más delgada, si es que eso era posible, y había dejado de usar el delineador que solía llevar la primavera pasada para adoptar una imagen más natural, todo bronce y rosados. Me pregunté qué vería ella diferente en mí en aquella primera impresión.

Justo cuando estaba pensando esto, Sophie abrió su boca perfecta, entrecerró los ojos y emitió el veredicto que yo había estado esperando todo el verano:

–Zorra.

El cristal que nos separaba no amortiguó el sonido ni la reacción de la gente que pasaba. Vi que una chica de mi clase de Lengua del año pasado ponía mala cara, mientras que otra, desconocida, se reía a carcajadas.

Sophie, en cambio, permaneció inexpresiva mientras me daba la espalda, se echaba la bolsa por encima del hombro y avanzaba hacia el patio. Me ruboricé y noté que me miraban.

No estaba lista para esto, pero probablemente nunca iba a estarlo, y el curso, como tantas otras cosas, no esperaba. No tenía más alternativa que salir del coche, con todos mirándome, y enfrentarme a él, sola. Y eso hice.

Había conocido a Sophie cuatro años atrás, a principios del verano de sexto. Me encontraba en la piscina del barrio, haciendo cola en el bar, con dos billetes húmedos de un dólar en la mano, para comprar una coca-cola, cuando noté que alguien se ponía detrás de mí. Volví la cabeza y allí estaba aquella chica, totalmente desconocida, con un biquini diminuto de color naranja y unas chanclas de plataforma a juego. Tenía la piel aceitunada y el pelo, oscuro y rizado, recogido en una coleta alta; llevaba gafas de sol negras y una expresión de aburrimiento e impaciencia en la cara. En nuestro barrio, donde todos nos conocíamos, era como si se hubiera caído del cielo. No fue mi intención quedármela mirando, pero al parecer, eso fue lo que hice.

—¿Qué? —me dijo. Me vi reflejada en los cristales de sus gafas, pequeña y fuera de perspectiva—. ¿Se puede saber qué miras?

Noté que me ponía colorada, como me pasaba cada vez que alguien me levantaba la voz. Era demasiado sensible al tono, tanto que incluso me alteraban los programas de juicios de la tele; siempre tenía que cambiar de canal cuando el juez iba a echarle la bronca a alguien.

—Nada —respondí, y me di la vuelta.

Un momento después, el chico del instituto que trabajaba en el bar me hizo una seña con expresión cansada. Notaba la presencia de la chica como un peso detrás de mí mientras me servía la bebida y extendía mis dos billetes sobre el mostrador de cristal concentrándome en alisar cada una de sus arrugas. Después de pagar, me alejé con la vista clavada en el cemento agujereado del camino de vuelta hacia la parte honda de la piscina, donde me esperaba mi mejor amiga, Clarke Reynolds.

–Whitney me ha encargado que te diga que se va a casa –dijo; y se sonó la nariz mientras yo colocaba con cuidado el vaso de cola sobre el cemento, junto a mi tumbona–. Le he dicho que podemos volver andando.

–Vale –dije.

Mi hermana Whitney se acababa de sacar el carné, con lo que le tocaba llevarme en coche a todas partes. Pero el trayecto de vuelta era asunto mío, ya fuera desde la piscina, de la que podía volver andando, como desde el centro comercial del pueblo vecino, del que no. Whitney era una solitaria, incluso entonces. Todo espacio a su alrededor era su espacio personal; con solo existir, ya lo estabas invadiendo.

Solo después de sentarme me permití volver a mirar a la chica del bikini naranja. Se había marchado del bar y estaba de pie al otro lado de la piscina, con la toalla sobre un brazo y una bebida en la mano, inspeccionando la disposición de los bancos y las tumbonas.

–Toma –dijo Clarke, pasándome la baraja de cartas que tenía en la mano–. Te toca dar a ti.

Clarke era mi mejor amiga desde que teníamos seis años. En nuestro barrio había muchísimos niños, pero por alguna razón eran casi todos adolescentes, como mis hermanas, o estaban por debajo de los cuatro años, como resultado de un *baby boom* unos años atrás. Cuando la familia de Clarke llegó procedente de Washington D.C., nuestras madres se conocieron en una reunión de la comunidad de vecinos. En cuanto se dieron cuenta de que éramos de la misma edad, nos juntaron, y así nos quedamos desde entonces.

Clarke había nacido en China y los Reynolds la habían adoptado cuando tenía seis meses. Éramos de la misma

altura, pero eso era prácticamente lo único que teníamos en común. Yo era rubia de ojos azules, una Green típica, mientras que ella tenía el pelo más oscuro y brillante que había visto en mi vida y los ojos tan marrones que parecían casi negros. Mientras yo me mostraba tímida y deseosa de agradar, Clarke era más seria; en su tono, personalidad y apariencia era moderada y reflexiva. Yo llevaba trabajando como modelo desde que tenía uso de razón, siguiendo la estela de mis hermanas; Clarke era más bien chico, la mejor futbolista de la manzana, por no hablar de lo bien que jugaba a las cartas, especialmente a la canasta, a la que llevaba ganándome todo el verano.

—¿Me das un sorbo de tu cola? —me preguntó. Luego estornudó—. Hace mucho calor.

Asentí y me agaché para dársela. Clarke padecía alergia todo el año, pero en verano se ponía fatal. Normalmente estaba congestionada, moqueando o sonándose la nariz desde abril a octubre, y ninguna pastilla ni inyección parecía hacerle el menor efecto. Hacía mucho que me había acostumbrado a su voz gangosa, así como al omnipresente paquete de clínex en el bolsillo o en la mano.

En nuestra piscina regía una jerarquía en cuanto a los sitios que ocupaba cada uno: los socorristas eran los dueños de las mesas de picnic situadas junto al bar, mientras que las madres con los niños pequeños se quedaban en la parte donde no cubría y en la piscina infantil (o sea, la del pis). Clarke y yo preferíamos la zona con sol y sombra que había detrás de los toboganes de los niños, mientras que los chicos más populares del instituto —como Chris Pennington, tres años mayor que yo y sin duda el

tío más guapo de nuestro barrio y, según pensaba yo entonces, probablemente, del mundo entero— se situaban junto al trampolín alto. El mejor sitio era la hilera de tumbonas entre el bar y el bordillo de la piscina, que normalmente estaba ocupada por las chicas más admiradas del instituto. Allí es donde se encontraba mi hermana mayor, Kirsten, echada en una tumbona, con un biquini rosa fucsia, abanicándose con un ejemplar de la revista *Glamour*.

Cuando repartí las cartas, me sorprendió ver a la chica del biquini naranja avanzar hacia Kirsten y ocupar una tumbona a su lado. Molly Clayton, la mejor amiga de Kirsten, que estaba al otro lado, le dio un codazo a mi hermana y señaló a la chica con la cabeza. Kirsten levantó la vista y la miró; se encogió de hombros y volvió a recostarse, cubriéndose la cara con el brazo.

—¿Annabel? —Clarke ya había cogido las cartas y estaba impaciente por empezar a ganarme—. Te toca robar.

—Oh —respondí, volviéndome hacia ella—. Es verdad.

A la tarde siguiente la chica regresó, esta vez con un bañador plateado. Cuando llegué ya estaba sentada en la misma silla que mi hermana había ocupado el día anterior, con la toalla extendida, una botella de agua a su lado y una revista en el regazo. Clarke tenía clase de tenis, así que estaba yo sola cuando Kirsten y sus amigas aparecieron una hora más tarde. Entraron armando escándalo, como todos los días, taconeando sobre el cemento. Cuando llegaron a su sitio de siempre y vieron a la chica, redujeron el paso y se miraron entre ellas. Molly Clayton parecía molesta, pero Kirsten avanzó cuatro sillas más allá y colocó sus cosas como siempre lo hacía.

En los días que siguieron, fui testigo de cómo la chica nueva proseguía con sus obstinados esfuerzos por infiltrarse en el grupo de mi hermana. Lo que había comenzado con la ocupación de una tumbona fue a más. El tercer día las siguió hasta el bar. A la tarde siguiente se metió en el agua segundos después que ellas y se mantuvo a medio metro de distancia mientras ellas se mecían en el agua y hablaban salpicándose. Para el fin de semana las seguía ya constantemente, como una sombra viviente.

Tenía que ser molesto. Había visto a Molly lanzarle un par de miradas desagradables, e incluso Kirsten le pidió que se apartara, por favor, en una ocasión en la que se le había acercado demasiado por la parte honda. Pero a ella no parecía importarle. Si acaso, redoblabla sus esfuerzos, como si le diera igual lo que le dijeran con tal de que hablaran con ella.

–Oye –dijo mi madre una noche durante la cena–. Me he enterado de que una familia nueva se ha instalado en la casa de los Daughtry, en la calle Sycamore.

–¿Los Daughtry se han marchado? –preguntó mi padre.

Mi madre asintió.

–En junio. A Toledo. ¿No te acuerdas?

Mi padre se quedó un momento pensando.

–Es verdad –respondió, asintiendo al fin–. Toledo.

–También he oído –continuó mi madre, alcanzándole el cuenco con la pasta a Whitney, que a su vez me lo pasó a mí inmediatamente–, que tienen una hija de tu edad, Annabel. Creo que la vi el otro día, cuando fui a casa de Margie.

–Ah, ¿sí? –dije.

Asintió.

–Tiene el pelo oscuro, es algo más alta que tú. A lo mejor la has visto por el barrio.

Me quedé pensando un momento.

–No sé...

–¡Así que esa es! –exclamó Kirsten, de repente, soltando de golpe el tenedor–. La acosadora de la piscina. ¡Lo sabía! Estaba segura de que era mucho más pequeña que nosotras.

–Un momento. –Ahora mi padre prestaba atención–. ¿Alguien os está acosando en la piscina?

–Espero que no –dijo mi madre, con su voz de preocupada.

–No es una acosadora, en realidad –dijo Kirsten–. Tan solo es una chica que se nos ha pegado. Es muy rara, me pone nerviosa. Se sienta a nuestro lado, nos sigue a todas partes y no habla, y siempre está escuchando todo lo que decimos. Le he dicho que se pire, pero no me hace caso. ¡Dios! No me puedo creer que solo tenga doce años. Eso es peor todavía.

–Qué dramático –murmuró Whitney, ensartando un pedazo de lechuga con el tenedor.

Tenía razón, claro. Kirsten era nuestra particular reina del drama. Sus emociones iban siempre al límite, al igual que su lengua; no paraba de hablar, incluso cuando se daba cuenta de que no la estabas escuchando. En cambio, Whitney era de las calladitas, por lo que lo poco que decía tenía mucha más importancia.

–Kirsten –dijo mi madre–, sé buena.

–Mamá, ya lo he intentado. Pero si la vieras, lo entenderías. Es muy rara.

Mi madre dio un sorbito de vino.

–Es difícil llegar a un sitio nuevo, ¿sabes? A lo mejor no sabe cómo hacer amigos...

–Eso está claro –interrumpió Kirsten.

–... lo que quiero decir es que tal vez te corresponda a ti dar un paso –terminó mi madre.

–Tiene doce años –replicó Kirsten, como si eso significara estar enferma o en llamas.

–Igual que tu hermana –señaló mi padre.

Kirsten cogió el tenedor y le apuntó con él.

–Exacto –declaró.

A mi lado, Whitney soltó un bufido. Pero mi madre, por supuesto, ya estaba volviendo su atención hacia mí.

–Bueno, Annabel –dijo–, tal vez podrías hacer un esfuerzo, si la ves. Decirle hola o algo así.

No le dije a mi madre que ya me había topado con la chica nueva porque se hubiera horrorizado de sus malas maneras. Mi madre era famosa por su educación y esperaba lo mismo de nosotras, en cualquier circunstancia. No debíamos olvidarnos nunca de nuestros buenos modales.

–Bueno –dije–. A lo mejor.

–Muy bien –me respondió. Y esperé que así quedara la cosa.

Al día siguiente por la tarde, cuando Clarke y yo llegamos a la piscina, Kirsten ya estaba allí, tumbada, con Molly a un lado y con la chica nueva al otro. Intenté ignorarla mientras nos colocábamos en nuestro sitio, pero terminé levantando la vista y vi que Kirsten me estaba

observando. Cuando se levantó, un momento después, y se dirigió al bar, lanzándome una mirada, inmediatamente seguida por la chica nueva, supe lo que tenía que hacer.

–Ahora mismo vuelvo –le dije a Clarke, que estaba leyendo una novela de Stephen King y sonándose la nariz.

–Vale –respondió.

Me levanté y me dirigí a la zona del trampolín alto; crucé los brazos sobre el pecho al pasar junto a Chris Pennington. Estaba en una tumbona, con una toalla sobre los ojos, mientras un par de amigos suyos se peleaban en la terraza. Ahora, en lugar de dedicarme a lanzarle miradas furtivas, que además de nadar y perder a las cartas había sido mi actividad principal en la piscina durante todo el verano, iba hacia la barra para que volvieran a tratarme mal; y todo por la insistencia de mi madre de que nos portáramos como buenas samaritanas. Genial.

Le podría haber contado a Kirsten mi encuentro anterior con esta chica, pero ni se me pasó por la cabeza. Al contrario que yo, ella no rehuía la confrontación; si acaso, se lanzaba hacia ella a toda velocidad, hasta dejarla atrás. Era el polvorín de la familia y yo ya había perdido la cuenta de las veces que me había quedado al margen, poniéndome colorada y encogiéndome de vergüenza, mientras ella dejaba clara su desaprobación ante algún dependiente, conductor o exnovio. La quería mucho, pero la verdad es que me ponía nerviosa.

Whitney, por el contrario, era de las que se indignaba en silencio. Cuando se enfadaba, nunca te lo decía. Lo sabías por la expresión de su cara, la mirada torva y fría, los suspiros pesados y expresivos que podían ser tan insultantes como las palabras; cualquier palabra era preferible

a eso. Cuando se peleaban, lo que, teniendo en cuenta que se llevaban dos años, era bastante a menudo, al principio siempre parecía una discusión unilateral, porque solo se oía a Kirsten enumerando las infinitas acusaciones y ofensas. Pero si se prestaba más atención, se notaban los silencios pesados y duros de Whitney, además de sus réplicas que, aunque eran pocas, solían dar en el clavo con mucha más dureza que los comentarios pintorescos y rebuscados de Kirsten.

Una abierta, otra cerrada. No era de extrañar que la primera imagen que me venía a la mente al pensar en cualquiera de mis hermanas fuera una puerta. Con Kirsten, era la puerta principal de nuestra casa, por la que siempre estaba entrando o saliendo, normalmente sin dejar de hablar, con un grupo de amigas detrás. La de Whitney era la puerta de su cuarto, que prefería mantener cerrada entre ella y el resto de nosotros, siempre.

En cuanto a mí, yo me encontraba entre mis dos hermanas y sus fuertes personalidades. Parecía la personificación de la vasta zona gris que las separaba. No era valiente ni sincera, ni tampoco silenciosa o calculadora. No tenía ni idea de cómo me describiría otra persona, ni qué imagen evocaría el sonido de mi nombre. Era, simplemente, Annabel.

A mi madre, que también rehuía los conflictos, le disgustaba que mis hermanas se pelearan. «¿Por qué no podéis ser buenas?», les suplicaba. Ellas no le hacían ni caso, pero a mí me marcó aquel mensaje: ser buena era el ideal; la gente no se gritaba ni guardaba silencio hasta provocar miedo. Si eras buena, no tendrías que preocuparte por las discusiones, en absoluto. Pero ser buena no

era tan fácil como parecía, especialmente cuando el resto del mundo era tan malo.

Cuando llegué a la barra, Kirsten había desaparecido (claro), pero la chica todavía seguía allí, esperando que el camarero le cobrara su chocolatina. En fin, pensé. Vamos a ello.

–Hola –dije. Me miró con una expresión indescifrable–. Eh, soy Annabel. Acabas de mudarte, ¿no?

Pasó un rato que me pareció larguísimo, sin decir nada. Mientras tanto, detrás de ella, Kirsten había salido del cuarto de baño. Se quedó quieta al ver que estábamos hablando.

–Bueno –continué, aún más incómoda–, creo que vamos al mismo curso.

La chica levantó la mano y empujó las gafas de sol sobre el puente de la nariz.

–¿Y? –dijo, en el mismo todo despectivo y antipático que la primera vez que se había dirigido a mí.

–Bueno, solo pensaba que, ya sabes, como somos de la misma edad, a lo mejor te gustaría quedar. O algo.

Otra pausa. Luego la chica dijo, como para aclarar las cosas:

–Quieres que quedemos. ¿Nosotras?

Lo hizo sonar tan ridículo que inmediatamente empecé a retractarme.

–Bueno, no tienes que quedar conmigo –le dije–. Solo quería...

–No –me cortó. Luego levantó la barbilla y se echó a reír–. Ni de coña.

La cosa es que, si hubiera estado yo sola, ahí se habría acabado todo. Me habría dado media vuelta, colorada, y

habría vuelto junto a Clarke. Fin de la partida. Pero no estaba sola.

–Un momento –dijo Kirsten en voz alta–. ¿Qué has dicho?

La chica dio media vuelta. Cuando vio a mi hermana, puso cara de sorpresa.

–¿Qué? –preguntó, y no pude dejar de darme cuenta de lo diferente que sonaba comparado con aquella vez que me lo dijo a mí.

–Te he preguntado –repitió Kirsten, en tono cortante–, que qué le has dicho.

Uy, uy, uy, pensé.

–Nada –respondió la chica–, solo...

–Esta es mi hermana –continuó Kirsten, señalándome con el dedo–, y te has portado como una imbécil con ella.

Para entonces, yo ya estaba colorada y muerta de vergüenza. Kirsten, en cambio, se puso la mano en la cadera, lo que quería decir que no había hecho más que empezar.

–No me he portado como una imbécil –replicó la chica, que se quitó las gafas–, solo...

–No es verdad, y lo sabes –la interrumpió Kirsten–. Así que no intentes negarlo. Y deja de seguirme todo el rato, ¿de acuerdo? Me estás poniendo de los nervios. Vamos, Annabel.

Yo me había quedado paralizada al mirar la cara de la chica. Sin las gafas de sol y con la expresión desolada, sí parecía tener doce años. Se nos quedó mirando mientras Kirsten me agarraba de la muñeca y tiraba de mí hasta donde estaban sentadas sus amigas.

–Alucinante –repetía. Al mirar al otro lado de la piscina, vi que Clarke me observaba, confundida, mientras Kirsten me obligaba a sentarme en su silla. Molly se incorporó, parpadeando, y se ató las tiras del bikini que llevaba desatadas.

–¿Qué ha pasado? –preguntó. Y mientras Kirsten se lo contaba, miré hacia el bar, pero la chica se había ido. Luego la vi al otro lado de la valla, a mi espalda, cruzando el aparcamiento descalza, con la cabeza gacha. Había dejado todas sus cosas en la tumbona que estaba a mi lado: una toalla, los zapatos, una bolsa con una revista, una cartera y un cepillo rosa. Esperé a que se diera cuenta y volviera a buscarlas. No lo hizo.

Sus cosas se quedaron allí toda la tarde. Cuando volví a sentarme con Clarke se lo conté todo. Luego jugamos varias manos de canasta y nadamos hasta que los dedos se nos quedaron como ciruelas pasas. Después, Kirsten y Molly se marcharon y otras personas ocuparon sus hamacas. Allí estuvimos hasta que el socorrista sopló el silbato, anunciando la hora de cierre, momento en el que Clarke y yo recogimos y rodeamos la piscina, quemadas por el sol, hambrientas y listas para marcharnos a casa.

Sabía que esta chica no era problema mío. Había sido muy borde conmigo, dos veces, y por lo tanto no se merecía ni mi pena ni mi ayuda. Pero al pasar junto a la tumbona, Clarke se detuvo.

–No podemos dejar ahí sus cosas –dijo. Se agachó para recoger las chanclas y meterlas en la bolsa–. Y nos pilla de camino a casa.

Podría haberle llevado la contraria, pero me acordé de ella cuando cruzaba el aparcamiento, descalza y sola. Así que retiré la toalla y la doblé por encima de la mía.

–Sí –asentí–. Vale.

Y aun así, cuando llegamos a la antigua casa de los Daughtry me alegré de que todas las ventanas estuvieran a oscuras y de que no hubiera ningún coche en el camino de entrada, para que pudiéramos dejar las cosas de la chica y marcharnos de una vez. Pero cuando Clarke se agachó para colocar la bolsa contra la puerta principal, esta se abrió y apareció.

Llevaba vaqueros cortados, una camiseta y el pelo recogido en una coleta. Sin gafas de sol. Sin sandalias de tacón. Al vernos, se puso colorada.

–Hola –saludó Clarke, después de un silencio embarazoso lo bastante largo para que lo notásemos. Luego estornudó antes de añadir–: Te hemos traído tus cosas.

La chica bajó la vista hacia los pies un segundo, como si no la hubiera entendido. Lo que tal vez fuera el caso, con la voz congestionada de Clarke. Yo me agaché, cogí la bolsa y se la tendí.

–Te has dejado esto –dije.

Miró la bolsa y luego me miró a mí, con cautela.

–Oh –dijo, extendiendo la mano–. Gracias.

Detrás de nosotras pasó un grupo de chicos montados en sus bicis, llamándose a gritos unos a otros. Después, todo volvió a quedarse tranquilo.

–¿Cariño? –oí una voz desde el final del pasillo, a oscuras–. ¿Hay alguien ahí?

–No pasa nada –respondió ella por encima del hombro. Luego dio un paso adelante, cerró la puerta a su espalda, y salió al porche. Pasó a nuestro lado rápidamente, pero no sin que antes pudiera ver que tenía los ojos rojos e hinchados: había estado llorando. Y de repente,

como tantas otras veces, oí la voz de mi madre en mi cabeza: «Mudarse a un sitio nuevo es difícil. A lo mejor no sabe cómo hacer amigos».

–Mira –le dije–, sobre lo de antes... Mi hermana...

–No pasa nada –me interrumpió–. Estoy bien.

Pero cuando lo dijo se le quebró la voz, ligeramente. Nos dio la espalda y se llevó la mano a la boca. Yo me quedé quieta, sin saber qué hacer, pero cuando miré a Clarke vi que ya estaba metiendo la mano en el bolsillo de los pantalones cortos en busca de su inseparable paquete de clínex. Sacó uno y se lo alcanzó a la chica. Un segundo después, la chica lo aceptó, en silencio, y se lo llevó a la cara.

–Me llamo Clarke –dijo Clarke–. Y esta es Annabel.

En los años siguientes, a menudo recordé este preciso momento. Clarke y yo, en el verano de sexto, de pie detrás de la chica, que nos daba la espalda. ¡Tantas cosas habrían sido distintas para mí para todos nosotros si hubiera ocurrido algo diferente en aquel momento! Pero entonces fue como cualquier otro instante, pasajero y sin importancia: se dio la vuelta, ya sin llorar –sorprendentemente compuesta, la verdad– para dirigirnos la palabra.

–Hola –dijo–. Soy Sophie.